

Seguir golpeando a un caballo no muerto: hacia una conceptualización del «ser una molestia» en el proceso analítico

Steven H. Cooper

Columbia Center for Psychoanalytic Training and Research, Nueva York, NY, Estados Unidos

Traducción al español del artículo publicado en The International Journal of Psychoanalysis, 107(1), 4-20. Se conservaron las referencias bibliográficas del original. El original incluye al final versiones del resumen en francés, italiano, alemán y español; no se reproducen aquí por resultar redundantes con esta traducción integral.

Nota de traducción. El término *nuisance* constituye el eje conceptual del trabajo y no posee un equivalente único en español. Según el contexto se traduce como «molestia», «ser una molestia», «hacerse molesto» o «conducta destinada a molestar». *Greed* se vierte como «voracidad», en consonancia con su uso psicoanalítico; *registration* como «registro» o «reconocimiento en la mente del otro»; *holding* como «sostén»; *setting* como «encuadre»; y *enactment* como «puesta en acto». En dos pasajes se armonizaron fechas de citas internas con las entradas de la bibliografía final, ante discrepancias evidentes del original.

Resumen

Winnicott (1945a) sugirió que ciertas formas de conducta agresiva del niño que retorna tras una separación prolongada de sus padres pueden considerarse una expresión de esperanza: una situación en la cual el niño puede ceder sus modalidades de autosuficiencia defensiva para volver a confiar en uno de sus progenitores. El autor examina los diversos desarrollos posteriores de Winnicott acerca de la agresión pulsional y la agresión reactiva, así como el modo en que la aplicación de esas formulaciones tardías puede oscurecer el significado de la agresión en las conductas destinadas a molestar. Propone una definición específica de la molestia en el análisis de adultos y de sus manifestaciones en el contexto analítico. En los pacientes adultos que describe, la ira y la hostilidad se presentan como expresiones de agravio o de voracidad vinculadas con rupturas tempranas en la experiencia de que el progenitor —o el analista— registre las necesidades de atención del paciente. Considera como formas de molestia dos situaciones clínicas: la renuencia consciente a concordar con las interpretaciones del analista y la formulación de demandas al analista por fuera del encuadre. Explora cómo el analista necesita sostener simultáneamente dos realidades psíquicas: la esperanza del paciente, expresada en su hacerse molesto, y los límites del propio analista para absorber el odio autodestructivo del paciente hacia la dependencia. Sostener ambas realidades contribuye a transformar esas demandas autodestructivas de atención en una oportunidad para el duelo. Se requiere que el analista trabaje con sus propias experiencias sutiles de perturbación, entre ellas la hostilidad, la impotencia y el impulso a poner en acto papeles pertenecientes a la vida temprana del paciente.

Palabras clave: molestia; agresión; objeto; transferencia; contratransferencia.

Introducción

Entre las contribuciones más importantes de Winnicott se encuentra su capacidad para ampliar el foco psicoanalítico, desde una consideración más exclusiva de la patología de un individuo hacia la inclusión de sus capacidades. En cierto sentido, siempre se interesó por

nuestras aflicciones adaptativas como intentos de expresar sentimientos y necesidades complejos, incluidos los agresivos —como la tendencia antisocial (Winnicott, 1975) o el ser una molestia (Winnicott, 1945a)—, entendiéndolos como capacidades potenciales.

Winnicott (1945a, p. 354) escribió acerca de la capacidad de ser una molestia en un ensayo y una conferencia titulados «Home Again» [«De nuevo en casa»]. Allí se refirió a niños que habían sido evacuados durante la guerra y regresaban a sus hogares. Dirigió estas palabras a los padres de aquellos niños que volvían:

El niño comienza a mostrarse insolente, a perder los estribos, a desperdiciar la comida, a tratar de preocuparlos y a interferir con los demás intereses de ustedes. Es muy posible que ensaye algún pequeño robo, poniendo a prueba cuán cierto es que usted es realmente su madre y, por lo tanto, que en cierto sentido lo que es suyo también le pertenece a él. Todo esto puede ser señal de un paso adelante en el desarrollo: la primera etapa de un sentimiento de seguridad, aunque desde el punto de vista de ustedes resulte exasperante.

Winnicott añadió que, en cierto sentido, durante la ausencia de sus padres el niño había aprendido a convertirse en su propia madre y su propio padre, y que ahora podía «tomarse unas vacaciones del autocontrol». Sugería que, al permitir nuevamente que la madre cuidara de él y retomara parte del control, «una vez más, de tanto en tanto, iban a ser un poco molestos».

Winnicott (1945a, p. 356) alude asimismo a ciertos componentes de la respuesta parental frente a la conducta molesta: la capacidad de los padres para soportar la agresión del niño, establecer límites y, al mismo tiempo, comprender la naturaleza comunicativa de esa agresión:

Habrà pocas recompensas inmediatas. Por momentos desearán que todos ellos regresen a los alojamientos donde estaban [...] Tendrán que ser capaces de mantener una actitud firme frente a los niños, además de comprensiva y amorosa; y si finalmente van a ser firmes, más vale comenzar siéndolo. Es bastante injusto desarrollar de pronto esa firmeza cuando ya es tarde, cuando el niño ha empezado a ponerlos a prueba y a examinar su confiabilidad.

Para Winnicott, una necesidad del desarrollo infantil supone la libertad de formular demandas a quien cuida del niño (Winnicott, 1950, 1965). En el caso del niño que retornaba tras la separación impuesta por la guerra, describió la libertad necesaria para ser una molestia con el fin de encontrar «de nuevo» —o recrear— un hogar psíquico al cual regresar. Un elemento esencial, como ocurre en muchos de sus trabajos sobre el desarrollo, es el componente intersubjetivo que implica un intercambio de odio. Sostuvo que el niño necesita recuperar la capacidad de descargar sobre el ambiente «toda la potencia de su odio». Winnicott pone menos énfasis en el amor incondicional de los padres que en la posibilidad de que reciban al niño en cuanto molestia y, con frecuencia, lo odien por ello, para que el niño pueda llegar a ser amado precisamente en esa condición.

La idea winnicottiana de que la molestia constituye una expresión de esperanza y una búsqueda de reconocimiento se encuentra inserta en una matriz de perturbación del cuidador. Es intrínseca a la capacidad del niño para recuperar un hogar una respuesta ambiental en la cual el objeto experimente la molestia y pueda vivirla o interpretarla como un acto de esperanza. Cuando Winnicott utiliza el término *reconocimiento*, se refiere a la captación emocional, por parte del progenitor, de que la conducta hostil es el resultado de una decepción vinculada con una pérdida (Winnicott, 1945a, pp. 356-357).

Una de las cuestiones que este trabajo procura abordar es si podemos ampliar la definición winnicottiana de molestia para incluir ciertas conductas agresivas que han pasado a constituir rasgos duraderos del psiquismo. La formulación original de Winnicott situaba

como contexto de esa conducta la separación efectiva del niño respecto de sus padres. Aquí sugiero que la pérdida psíquica relacionada con las adaptaciones exigidas por las necesidades de los hermanos y por las ansiedades parentales genera a veces formas de agresión similares a las que Winnicott vinculó con el hacerse molesto. Puesto que nada sabemos acerca de la vida psíquica previa a la separación de los niños considerados en su formulación original, es también muy posible que el énfasis de Winnicott en los acontecimientos de la realidad externa relacionados con el trauma haya encubierto condiciones neuróticas subyacentes en algunos de ellos, semejantes a las que describiré aquí.

Algunas elaboraciones posteriores de Winnicott sobre la naturaleza y las variedades de la agresión resultan útiles para pensar sus ideas acerca de la molestia; otras, en cambio, pueden oscurecerlas. Trabajos como «La agresión en relación con el desarrollo emocional» (Winnicott, 1950), «El odio en la contratransferencia» (Winnicott, 1949) y «La preocupación maternal primaria» (Winnicott, 1956) desarrollan la experiencia subjetiva del progenitor o del analista que recibe y absorbe la agresión del niño o del paciente.

En contraste, «El uso de un objeto» (Winnicott, 1969), su contribución más creativa a la teoría de la agresión —que se agregó a su creencia en una agresión pulsional—, se sitúa en un nivel de discurso clínico y teórico enteramente distinto del de su trabajo sobre la molestia. Winnicott describió allí cómo una forma de agresión, la destrucción del objeto, contribuye a la capacidad de percibirlo por fuera del ámbito del control omnipotente. Más adelante me centraré en los problemas que plantea aplicar ese artículo a su escrito sobre la conducta molesta, redactado veinticinco años antes.

Comenzaré abordando brevemente las dificultades de trasladar una palabra del lenguaje cotidiano —como las molestias de la vida diaria— a una elaboración más específica en contextos clínicos y teóricos. Después revisaré sucintamente la evolución de la teoría winnicottiana de la agresión posterior a su trabajo sobre la molestia. Algunas de esas formulaciones ayudan a desarrollar sus intuiciones iniciales acerca de la agresión en «De nuevo en casa»; otras ponen de relieve las líneas de fractura que aparecen cuando se utiliza su obra posterior sobre la agresión para explicar su concepto temprano del valor de la molestia. Lo haré con el propósito de definir específicamente el concepto de molestia en el contexto clínico del análisis de pacientes adultos, algo que Winnicott no llegó a ofrecer. Intentaré mostrar cómo el hacerse molesto en la infancia puede convertirse en un rasgo persistente del paciente adulto.

Mediante dos ejemplos clínicos me concentraré en la expresión, por parte del paciente, de deseos conscientes e inconscientes de recibir más, acompañados por manifestaciones abiertas o encubiertas de hostilidad. En ocasiones esto incluye elementos de voracidad: el paciente anhela un mayor reconocimiento de su deseo de recibir más atención de la que experimentó en etapas tempranas de su vida y de la que encuentra en la situación transferencial actual. También puede implicar un aferramiento al agravio en torno a la atención, expresado en la transferencia como deseo de que se dirima si el paciente merecía —entonces y ahora— recibir más. Considero que la producción de molestia se encuentra inseparablemente ligada a elementos de responsividad de rol en el analista: invitaciones a responder emocionalmente o a poner en acto pautas tempranas que señalan lugares de pérdida o ruptura psíquica.

La experiencia que tiene el analista de la conducta molesta del paciente suele acompañarse de frustración y hostilidad, así como de la sensación de ser arrastrado hacia pautas tempranas de la infancia del paciente con sus padres. El analista debe sostener dos

experiencias divergentes: la hostilidad o irritación hacia el paciente y, al mismo tiempo, la capacidad de considerar sus demandas de atención como una renovación de la esperanza de que la forma singular de escucha del analista pueda reparar parte de su dolor psíquico.

Hacia una definición de la molestia

El concepto de molestia aplicado al trabajo clínico puede resultar, en ciertos aspectos, bastante impreciso. Esto plantea una pregunta importante: ¿puede definirse de manera significativa y emplearse en el discurso psicoanalítico un término tomado del lenguaje cotidiano?

Sin duda existen riesgos al incorporar un término corriente al discurso psicoanalítico. Por ejemplo, puede ser tan vago que termine abarcando demasiados componentes de la contratransferencia negativa. Un ejemplo notable es la afirmación de Freud (1926, p. 193) en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*: «el hecho de que los neuróticos sean una molestia y una dificultad para todos los involucrados, incluido el analista». Aquí el término parece referirse a elementos de la frustración del analista. Freud estaría sugiriendo que la resistencia del paciente, o su refractariedad al tratamiento, se experimenta como una molestia, uso evidentemente muy distinto del propuesto por Winnicott (1945a). En el comentario de Freud se encuentran implícitas, además, las frustraciones generales del analista y del paciente frente a nuestras tendencias a repetir (Cooper, 2015; Reis, 2024).

Un segundo riesgo consiste en utilizar la experiencia subjetiva de irritación del analista como una guía confiable de lo que sucede en la transferencia. Hay muchos motivos por los cuales un analista puede sentirse irritado en el trabajo clínico y, aunque siempre es importante reflexionar sobre su pertinencia transferencial, esa irritación no refleja necesariamente el contexto psíquico particular que aquí propongo para la molestia.

El elemento esencial que Winnicott subrayaba era el intento, a menudo hostil y agresivo, de «comenzar otra vez» o retomar un proceso de desarrollo que había sido obstaculizado. También captó el modo en que ese intento produce una perturbación en el otro, capaz de involucrar el «odio» de ese otro, traducible como irritación, impaciencia u hostilidad.

Propongo aquí una definición muy específica de molestia, organizada en torno a la cualidad, la cantidad y el contexto psíquico en que el paciente experimenta y expresa la agresión. Si volvemos al título del artículo de Winnicott, «De nuevo en casa», la palabra «de nuevo» resulta decisiva. Describe a pacientes que alguna vez tuvieron un hogar, pero cuyo hogar fue alterado o interrumpido.

Los pacientes que examinaré —y para quienes deseo precisar el contexto del término molestia— han visto interrumpidos o comprometidos ciertos componentes de la atención que buscaban. Procuran reparar esa pérdida mediante formas particulares de ira o agravio que pueden chocar con los esfuerzos del analista por comprenderlos. Al hacerlo, a menudo rechazan precisamente aquello que están buscando y que se les ofrece.

Los pacientes que encuentran maneras de convertirse en una molestia durante la infancia y, más tarde, como adultos en análisis, pueden hacerlo por razones diferentes. En la superficie, algunos están enojados porque no reciben la atención que desean y temen pedirla de un modo más directo. Permanecen fijados a pautas que marcan el lugar donde creen que no podrán recibir lo que desean, pero actúan de maneras que garantizan que obtenerlo resulte difícil.

Otros pueden intentar «salirse con la suya» al recibir atención parental, poniendo a prueba los límites del modo en que son amados. Estos pacientes suelen expresar voracidad en sus relaciones con los demás y aferrarse, mediante su conducta, a un agravio en torno a esas cuestiones. El análisis resulta con frecuencia útil para transformar ese agravio en capacidad de hacer duelo por lo que habían deseado.

Ubicación del concepto winnicottiano de molestia dentro de su teoría de la agresión

Al desentrañar la teoría de la molestia de Winnicott, apenas explicitada, pongo el acento en la diferencia entre, por un lado, su explicación de la agresión pulsional y de la agresión reactiva al ambiente, que ponen a prueba la respuesta ambiental una vez que el objeto ya se ha establecido psíquicamente (por ejemplo, Winnicott, 1945a, 1949, 1950), y, por otro, la agresión pulsional que surge antes de que se haya establecido la existencia separada del objeto (Winnicott, 1969). En «De nuevo en casa» describe una situación en la cual ya se encuentra bien establecida la vivacidad del objeto, con su potencial de gratificación, pero también de frustración y pérdida.

Cuando escribió «De nuevo en casa», Winnicott (1945a) se encontraba todavía a más de veinte años de proponer, en «El uso de un objeto», su nueva teoría de la agresión y de plantear que la supervivencia del objeto frente a la expresión de los impulsos del ello es esencial para que el niño pueda reconocer al otro (Winnicott, 1969). Es en ese trabajo donde describe cómo la colisión contribuye a establecer una realidad de «no-yo» y resulta esencial para que el objeto sea reconocido como separado. En «De nuevo en casa» pueden advertirse las semillas de su teoría en desarrollo acerca de un tipo de agresión «creativa» (Winnicott, 1969), en la medida en que favorece el movimiento hacia una mayor capacidad para aceptar una realidad externa situada fuera del control onnipotente del individuo. Sin embargo, es importante señalar que «De nuevo en casa» detalla el modo en que el niño debió recurrir a una autosuficiencia defensiva en el contexto de una pérdida, y no una incapacidad todavía no desarrollada para percibir al objeto como separado del self.

En «La agresión en relación con el desarrollo emocional», Winnicott (1950) desarrolla la respuesta del objeto que estaba implícita en «De nuevo en casa». Afirma que «los impulsos agresivos no proporcionan ninguna experiencia satisfactoria a menos que encuentren oposición» (p. 337). En cierto sentido, desarrolla aquí una idea semejante a la de «De nuevo en casa»: el niño necesita encontrarse con los límites parentales. En su discusión anterior sobre la molestia (Winnicott, 1945a), aunque describe explícitamente una respuesta de oposición a la agresión del niño y la conciencia parental de los límites, queda implícito que el objeto debe ser capaz de establecerlos y, simultáneamente, mantener una posición empática frente al dilema del niño, que intenta volver a confiar en la disponibilidad del objeto. En ambos trabajos, Winnicott elabora un contexto del desarrollo en el que la experiencia del objeto ya se encontraba establecida, pero ha entrado en crisis.

De manera similar, en «El odio en la contratransferencia» (Winnicott, 1949) pone de relieve la capacidad tanto de la madre como del analista para expresar odio bajo la forma de límites. Ese artículo, escrito aproximadamente en la misma época que «De nuevo en casa», nos abre una ventana hacia la experiencia que tiene el objeto de la molestia. En ambos textos Winnicott afirma que el objeto se encuentra establecido en el psiquismo del otro y es odiado. El analista experimenta un nivel correlativo de odio.

En su trabajo sobre la preocupación maternal primaria, Winnicott (1956, p. 184) se refiere de manera sutil a la importancia de los límites, aun cuando ese artículo es el que se ocupa más específicamente de la devoción y dedicación de la madre hacia el niño. Describe la atención dedicada de la madre al bebé «por el momento». Esta expresión fascinante implica que también existe otro tipo de tiempo necesario para la madre y remite, de manera implícita, a sus límites, incluso en el contexto de la elaboración del concepto de preocupación maternal primaria.

En «Psicoanálisis y sentimiento de culpa», Winnicott (1965, p. 23) traza el recorrido mediante el cual el niño pasa de una posición en la que no toma en cuenta al objeto a la capacidad de experimentar culpa. Afirma: «En el análisis podría decirse que el “no podría importarme menos” cede su lugar al sentimiento de culpa» (p. 23). Winnicott describe aquí un estado de «despiadamiento» o falta de consideración, y lo piensa en parte en relación con una agresión pulsional que continúa aun después de haberse establecido la capacidad de preocupación por el otro. Sin embargo, una vez más, se refiere a desarrollos posteriores al establecimiento del objeto. Decir «no podría importarme menos» es diferente de no tener conciencia alguna de la existencia separada del objeto.

En «De nuevo en casa», Winnicott explica cómo el niño, después de haber experimentado una pérdida, solo puede encontrar el amor mediante la expresión del odio necesario hacia el objeto, y solo puede sentirse amado a través del odio que el objeto experimenta hacia él. Como lo formula Phillips (2004, p. 23), «molestia es una palabra amable para designar el intercambio de odio al que una relación puede sobrevivir y que, precisamente por sobrevivir, puede volverse resiliente en vez de meramente ilusoria».

Sin embargo, el empleo que hace Phillips del término «supervivencia», en el contexto del uso posterior que Winnicott (1969) da a ese término, puede generar confusión. La descripción de la molestia se sitúa en el retorno del niño a un hogar en el que, presumiblemente, ya se había desarrollado cierto grado de capacidad para percibir y confiar en el objeto externo. En la descripción winnicottiana del uso del objeto, en cambio, el niño todavía no ha desarrollado la capacidad de percibir al objeto como separado de su control omnipotente. Dicho del modo más claro posible: en la conducta molesta, sobrevivir significa soportar la hostilidad pulsional o reactiva del niño por haber perdido algo y por intentar tantear si puede recuperar lo perdido.

En «El uso de un objeto», supervivencia significa resistir la agresión pulsional del bebé antes de que el objeto exista para él como un objeto separado. Para Winnicott, esa supervivencia ocurre en un proceso que conduce a adquirir la capacidad de integrar al objeto como separado. Dicho de otro modo, «De nuevo en casa» describe un contexto regresivo en el cual la confiabilidad del objeto ha sido puesta en cuestión por una separación; «El uso de un objeto» describe un proceso en el cual dicha confiabilidad todavía no se ha desarrollado.

Me ocuparé ahora de dos ejemplos clínicos que procuran destacar un componente de la intuición de Winnicott (1945a) acerca del significado evolutivo de la agresión dirigida contra el ambiente como signo de esperanza: una exploración de si el objeto es confiable y capaz de registrar, de un modo que el niño pueda experimentar, aquello que este intenta comunicar. Mis ejemplos avanzan un paso más e investigan los mecanismos intersubjetivos relacionados con la mejoría cuando la molestia ocupa un lugar destacado. Sugiero que la respuesta más decisiva del analista consiste en una actitud interna capaz de sostener una realidad paradójica: comprender la conducta agresiva como una renovada vuelta hacia el

desarrollo —una expresión de esperanza— y, al mismo tiempo, reconocer tanto el apego del paciente a su hostilidad como sus ataques, a menudo sutiles, contra el encuadre.

Viñeta clínica: L

La paciente L describe un acuerdo con su marido acerca de quién sacará al perro en determinados momentos del día. A veces, cuando no quiere sacarlo en el horario que le corresponde, le pregunta si él podría hacerlo por ella. Él acepta con cierta renuencia, momento en el cual ella invariablemente rechaza el ofrecimiento. L ha expresado curiosidad por esta tendencia a pedir y luego declinar la ayuda, que por lo general termina irritando a su marido.

En una sesión analítica, L describe que desea saber si puede «dejarse caer en no tener que hacer nada».

L: Quiero que me cuiden. Cuando él [el marido] dice que está dispuesto a sacar al perro por mí, de pronto me siento mejor e incluso con más energía. A menudo todo el intercambio lo fastidia bastante y ahora me pidió que no le pregunte si puede sacar al perro en mi horario, a menos que realmente quiera que lo haga. Hay algo en irritarlo que parece tan importante como la sensación de poder depender de él. Casi siento que ese es el momento en que más me quiere. Todavía no te he contado una fantasía que tuve: «¿Qué pasaría si dejara de asociar, como cuando no saco al perro? ¿Te desharías de mí?»

Analista: Quieres saber si solo te valoro cuando cumples con lo esperado e imaginas ponerme a prueba.

L: Sí. En realidad, no sé si a alguien le importo sin tener que irritarlo.

Ante muchas de mis interpretaciones, L solía mostrar una forma particular de asentir, pronunciando lentamente: «Creo que sí», como si estuviera incorporando mis comentarios y llegando a un acuerdo, pero expresando al mismo tiempo una renuencia a hacerlo. A veces elaboraba después y agregaba otra manera de articular las cosas que tenía sentido para ambos; en otras ocasiones yo sentía que se resistía considerablemente a admitir que estaba de acuerdo. Con el tiempo, esa renuencia se convirtió para mí en una fuente de leve irritación: parecía resonar con lo que yo decía o concordar conmigo, pero retenía algo. Comencé a prestar mayor atención a esa cualidad de su respuesta y me pregunté si aquello que retenía estaba ligado al sentimiento —o a la fantasía— de lo que se le había retenido a ella en materia de una atención más individualizada.

A medida que avanzaba el análisis, L comenzó a asociar acerca de cuánto no quería estar de acuerdo conmigo, incluso cuando lo estaba y aun cuando conscientemente le agradaba que yo hubiera podido comprender algo de ella. Describió el deseo de irritarme y de retener algo frente a mí. Dijo que, si concordaba conmigo, dejaría de ocupar un lugar en mi mente. Cuando comenzó a explorar esto con mayor profundidad, advertí que mi irritación hacia ella disminuía. Podía sentir cuánto intentaba trabajar con el dolor de no quedar registrada en mi mente y con el costo que tenía para ella buscar ese registro por vías indirectas.

Esto dio lugar a un trabajo analítico intenso sobre su relación con el proceso interpretativo: cómo experimentaba mis interpretaciones, cómo se comprometía con ellas y cómo se retraía. Comenzamos a desarrollar un vocabulario para hablar de los momentos en que concordaba o disentía conmigo, o hacía algo para asegurarse de que yo escuchara, ante su temor consciente e inconsciente de que no lo hiciera.

La gama y el tono de sus respuestas contenían diversos registros de ansiedad acerca de si podía confiar en mi atención. Había un «sí» lento y renuente cuando estaba de acuerdo conmigo, pero temía admitirlo porque concordar podía significar que no sería considerada una persona separada con necesidades propias de atención y que solo sería valorada por su capacidad para acomodarse a las necesidades de su hermano y de sus padres. Cuando había menos en juego en torno al acuerdo o al desacuerdo, L podía expresarlo directamente. A medida que aumentó su confianza, pudo advertir de antemano cuándo sentía el impulso de discrepar conmigo solo para desafiarme. Comenzó a establecer vínculos entre los momentos en que se sentía desatendida por mí o por su marido y el modo en que eso la llevaba a «querer armar lío».

L siempre había sabido que estaba enojada por la tendencia de sus padres a adaptarse a las necesidades de su hermano, dos años menor. Él tenía dificultades académicas y sociales, y ella sentía que recibía una cantidad desproporcionada de atención para ayudarlo. En contraste, L se destacaba en la escuela y en los deportes. Guardaba resentimiento porque sus docentes reconocían sus capacidades más que sus padres y porque la atención parental hacia su escolaridad y sus talentos se modificó cuando su hermano comenzó la escuela.

En cierto momento, L empezó a vincular su manera lenta y renuente de responderme con un modo de retener su acuerdo para garantizar mi atención. En distintas ocasiones dijo: «Puedo sentir cuánto me enoja cuando te escucho decir algo que parece acertado. Siempre siento que ya era hora de que alguien me entendiera. Sé que esto es una locura porque tú estás tratando de comprenderme y mi marido también intenta comprenderme todo el tiempo».

A medida que analizábamos su necesidad de hacer cosas que irritaban a su marido y a mí para sentirse atendida, L accedió conscientemente a la idea de que le producía menos gratificación mi intento de comprenderla que su necesidad de marcar cuánto había quedado frustrado su deseo de ser considerada por sus padres como la persona separada que era. Esto se había puesto en acto repetidamente con su marido: le pedía algo y, cuando él aceptaba, se negaba a recibir su amabilidad.

L se aferraba al agravio en lugar de integrar lo que su marido o su analista le ofrecían. Considero que esta es una forma de molestia porque intentaba experimentar e incorporar un hogar tanto en el análisis como en su vida efectiva, pero persistía en expresar la ira por no haber sido valorada como la niña que era (Winnicott, 1945a). Mis asociaciones internas recaían con frecuencia en pensamientos como: «¿Durante cuánto tiempo vas a aferrarte a este enojo?».

L comenzó a dedicar más tiempo en su análisis a reconocer conscientemente la atracción que sentía por «buscar problemas» y la parte de ella que todavía encontraba aquello «divertido». Mejoró su capacidad para sostener la realidad psíquica paradójica de que sentía hostilidad hacia sus padres, su marido y hacia mí, y que al mismo tiempo deseaba desprenderse de esa hostilidad. También empezó a confiar en las palabras que intercambiábamos acerca de su ansiedad por no ser atendida, como alternativa a ponerla en acto del modo en que lo había hecho con su marido y conmigo. Estaba encontrando un hogar en el cual podía pedir atención sin tener que provocar problemas (Winnicott, 1945a).

Al comienzo, mi trabajo interno con L consistió en encontrar maneras de contener la leve irritación que me producía su hostilidad, expresada mediante la necesidad de rechazar interpretaciones con las que parecía estar de acuerdo. Yo sabía que L se había

«enfurruñado» de niña cuando se enojaba por la atención que sus padres prestaban a su hermano. En el análisis sentía que se me reclutaba para experimentar lo mismo que ella había sentido: que se me retenía algo que L estaba en condiciones de darme.

A medida que intentaba contener esa irritación que acompañaba el rechazo, esta fue dando paso a mi curiosidad por los ritmos y la musicalidad de sus negativas. Lo compararía con la sugerencia de Winnicott (1945a) a los padres de los niños que regresaban: la conducta hostil e irritante del hijo podía expresar, a veces, una esperanza renovada. En ciertos sentidos, el analista debe sostener la interpretación de esa conducta como signo de esperanza, sabiendo al mismo tiempo que también expresa lo que Rosenfeld (1971) describió como el odio del paciente hacia la dependencia. Se ataca a la persona de la cual se depende, mediante una conducta que el paciente a menudo sabe que resulta irritante.

El tipo particular de sostén analítico que describo es una variante compleja del *holding*, una experiencia que el paciente nunca ha podido contener por sí mismo. No sorprende que, con el tiempo, la capacidad de L para sentir curiosidad por la incongruencia de su conducta actual con su marido y conmigo produjera una irritación mucho menor en mi contratransferencia. Mi impresión era que esto también la ayudaba a poner su hostilidad en palabras, en vez de destruir en tal medida aquello que efectivamente se le ofrecía.

Finalmente, nuestro foco se desplazó hacia experimentar e integrar con mayor profundidad los sentimientos de soledad que aparecían cuando no se sentía registrada por sus padres. L pudo acceder a la tristeza de que esas conductas hostiles hubieran constituido su modo más confiable de pedir cosas a cada uno de nosotros. Lo que había comenzado como una expresión de esperanza —una pregunta indirecta a su marido solicitando ayuda, seguida por el rechazo de esa ayuda— había adquirido importancia como expresión de su enojo por tener que pedir ayuda o por no ser advertida antes de hacerlo. Gradualmente pudo integrar que la ayuda que deseaba ya estaba disponible en su matrimonio y en su análisis. En cierto sentido, estaba «de nuevo en casa» (Winnicott, 1945a).

Viñeta clínica: B. Convertirse en una molestia como respuesta a experiencias de voracidad y soledad

Aunque B experimentaba por momentos a su madre como afectuosa y, en ocasiones, muy sintonizada con él —era el menor de tres hermanos y el único varón—, también luchaba con la sensación de que a veces resultaba difícil obtener su atención. Consideraba que su madre se mostraba ansiosa por complacer a todos, incluidos sus hijos. Para B, esto significaba que el hijo que reclamara su atención de manera más activa era quien con mayor probabilidad la obtendría, y aprendió mecanismos para captarla.

Cuando comenzó su análisis, B describió la irritación de su esposa ante su costumbre de formularle deliberadamente preguntas cuya respuesta ya conocía. Dijo que, al hacerlo, solía encontrarse en una especie de estado onírico que sonaba vagamente disociado. Sin embargo, cuando ella se irritaba, él experimentaba la conocida sensación de sentirse «extrañamente complacido» por su irritación, seguida luego por culpa. Deseaba comprender esa conducta, y su esposa insistía enérgicamente en que iniciara un análisis.

B también se comportaba de ese modo con su hijo y su hija, que entonces tenían diez y catorce años, respectivamente. Hacía «bromas» preguntando por cuestiones que ya constituían datos perfectamente establecidos. Su esposa y sus hijos habían desarrollado un discurso habitual acerca de lo irritante que él resultaba, y ella le había pedido que dejara de comportarse así con los niños. B «bromeaba» con ellos acerca de la legitimidad del humor

basado en la repetición y citaba a comediantes que habían perfeccionado esa forma de humor, como Albert Brooks. A ellos no les interesaba esa explicación y, de hecho, consideraban que su interés por la historia de ese tipo de humor era tan molesto como las propias preguntas repetitivas.

Entre los ocho y los diez años de B, su padre realizaba algunas consultorías por la noche, de modo que él cenaba con su madre y sus dos hermanas mayores. Recordaba que, cuando no lograba captar la atención materna porque ella estaba distraída u ocupada con una de sus hermanas, se volvía deliberadamente repetitivo y buscaba producir humor mediante la reiteración. Dijo: «Mi madre parecía saber que yo estaba desesperado por recibir su atención».

Al escuchar a B, a veces asociaba con el comediante Albert Brooks, capaz de desgastar al oyente mediante la repetición hasta el punto en que el agotamiento y el humor convergen en una experiencia de risa. Es una forma de sadismo y autodegradación disfrazada de humor. En el contexto en que tanto mis asociaciones como las de B lo vinculaban con Albert Brooks, también podíamos decir que B procuraba obtener atención de mí y de su familia mediante expresiones hostiles frente a la sensación de no ser visto y de haber sido desatendido.

B trataba además a su familia como al niño ignorado que él mismo había sentido ser, al no escuchar sus pedidos de que se detuviera. Sin embargo, sentía que podía comunicar su deseo de atención al seguir golpeando a un caballo que esperaba que no estuviera muerto: una actividad impregnada de odio hacia sí mismo que sabía que inevitablemente provocaría la burla de sus hermanas y, en el presente, de su esposa y sus hijos. Paradójicamente, suplicaba atención volviéndose desagradable y desafiante de maneras sumamente repetitivas. Buscaba encontrar a su madre o, con mayor precisión, expresar la hostilidad ligada al deseo de que ella lo encontrara y lo reconociera.

Pienso que la conducta desagradable de B coincide, hasta cierto punto, con la noción winnicottiana de la capacidad infantil de convertirse en una molestia. El niño que experimenta a su progenitor como excesivamente deprimido no puede pedirle algo que quizá lo lleve a retraerse aún más o, tal vez peor, a no responder en absoluto. La madre de B no era una «madre muerta». Estaba disponible para recibir las molestias de su hijo y a menudo disponible para él, pero B procuraba obtener su atención de una manera sádica y autodestructiva.

B también comenzó el análisis por pautas semejantes que aparecían en su trabajo. Había alcanzado un éxito considerable en el ámbito académico, pero a menudo sentía una especie de compulsión a hacer algo que lo rebajara delante de estudiantes o colegas. Con el tiempo identificamos que, si no realizaba algún gesto autodescalificador, tendría que aceptar el aprecio de los demás como «suficiente».

Pocos meses después de comenzar su análisis, puso en acto conmigo algunas de esas pautas al preguntar por los horarios de sus sesiones, aun cuando sus tres sesiones semanales se mantenían constantes de una semana a otra. Ocasionalmente, tras la interrupción del fin de semana, enviaba un correo electrónico preguntando, por ejemplo: «¿Nos vemos hoy?». Cuando le preguntaba por qué no estaba seguro, respondía algo parecido a que tenía TDAH, aunque lo decía sin convicción. Yo tampoco consideraba que se tratara de una dificultad de constancia objetal. No veía otra explicación que su necesidad de producir una molestia, probablemente buscando que yo lo tuviera presente por fuera del encuadre, de una manera semejante a lo que hacía con su madre mediante bromas malas y

repetitivas. Su enojo por no haber recibido la atención que deseaba se ponía en acto a través de esas conductas.

Fui advirtiéndolo gradualmente una irritación contratransferencial hacia B, en particular frente a su modo de contactarme fuera del horario de sesión y comunicar así, inconscientemente, que lo establecido como encuadre no era suficiente. Después de aproximadamente un mes de esas solicitudes, dejé de responder a sus correos en los que pedía que le recordara el horario. Siempre llegaba puntualmente, por lo cual mi falta de respuesta no interfería con su capacidad para recordar cuándo tenían lugar las sesiones. Un día preguntó: «¿Por qué ya no respondes mis correos sobre los horarios?». Le dije: «He llegado a sentir que no estoy seguro de qué me preguntas cuando formulas esas preguntas sobre nuestro horario. Yo recuerdo nuestros horarios y estoy bastante seguro de que tú también los recuerdas, de modo que pienso que me estás comunicando algo diferente de la pregunta que haces». B comenzó a reírse; luego se quedó más callado y triste, y dijo que esa era la clase de sentimiento que no lograba captar en su casa cuando molestaba a su esposa y a sus hijos.

B: Es como si, cuando no me comunico contigo antes de la sesión, sintiera a veces que de verdad puedo estar equivocado. Hay muchas cosas ocurriendo. Creo que estoy tratando de salirme con la mía. Supongo que también quiero irritarte un poco. Solía sentir cómo aumentaba la irritación de mi madre y eso me hacía sentir vivo y excitado. Creo que era excitante lograr que mi madre se fastidiara un poco de ese modo, y también mi hermana mayor. A mi otra hermana no le interesaba demasiado y a mí tampoco me importaba alterarla. Aunque sentía la irritación de mi madre, también sentía que me quería. Yo simplemente quería más.

Hay algo más. Tal vez estoy furioso porque todo se rige por tu horario. Ni siquiera sé qué significa eso, porque acordamos juntos los horarios. Pero tengo que verte a esas horas. No siempre es cuando yo quiero verte.

Analista: No sabes qué hacer con el sentimiento de querer más. Recreas una y otra vez la misma situación: enciendes un pequeño fuego para obtener la atención de tu esposa, de tus hijos o la mía.

B: No sé qué otra cosa hacer. ¿Te resulta irritante?

Analista: A veces resulta levemente irritante, pero, como te dije, siento que en esos intercambios, cuando revuelves las cosas, me estás comunicando algo. Creo que quieres mi atención antes de que comencemos la hora, antes del momento en que sabes que está previsto que tengas mi atención.

B: Sí, lo siento así. Creo que en esos momentos me siento solo con mi familia y contigo, incluso antes de que nos encontremos, y pienso que a menudo me siento solo cuando hago estas cosas. Es divertido de una manera perversa porque entonces no me siento tan solo. Después también me avergüenzo.

Analista: Y no confías en no estar solo con tu esposa, tus hijos y conmigo. Quieres más pruebas.

B: Desearía poder conservar la idea de que tengo suficiente. Estoy intentándolo.

Discusión de la sesión

B y yo trabajamos durante años con el denso conjunto de cuestiones expresadas en esa sesión. Mediante la puesta en acto repetitiva de su ira y de sus sentimientos voraces de querer más, B se había convertido en una molestia en su análisis. Esta constituía una

formación de compromiso entre la expresión de esperanza de obtener de mí una atención más explícita, los deseos voraces de salirse con la suya y el enojo por no recibir la atención anhelada. Sus actos molestos funcionaban como un «doble agente», de modo no muy distinto a como Schafer (1968) describió las defensas que expresan y, al mismo tiempo, ocultan los impulsos. B oscilaba entre sentirse agraviado y poder observar su voracidad respecto de la atención que ansiaba.

Realicé repetidos esfuerzos por ir más allá de la conducta refleja de B y alcanzar la tristeza que a veces podía expresar y que necesitaba ser elaborada en un duelo. Odiaba tener que competir con sus hermanas por la atención materna. Finalmente descubrimos que una parte de él siempre había querido ser una niña porque, en su fantasía, habría sido la niña más bonita e inteligente y no se habría sentido tan enojado y agresivo por no recibir tanta atención de su madre como deseaba.

Es digno de señalar que, en mi modo de responderle durante la sesión en la que discutimos mi decisión de dejar de contestar sus preguntas sobre el horario de comienzo, hice algo semejante a lo que Ogden (1994, p. 225) denominó *acción interpretativa*. Ogden la definió:

como el uso que hace el analista de una acción —distinta del habla verbal simbólica— para comunicar al analizando aspectos específicos de su comprensión de la transferencia-contratransferencia que, en ese momento del análisis, no pueden transmitirse únicamente mediante el contenido semántico de las palabras.

Ogden agregó que, para que una acción interpretativa adquiriera su significado simbólico y afectivo específico, el analista debe intentar comprender y formular silenciosamente la transferencia-contratransferencia comunicada por esa acción.

En efecto, yo había estado examinando mi impresión de que B expresaba una gran cantidad de hostilidad incluso mientras solicitaba indirectamente atención. Advertí que la pregunta subyacente a su pregunta podía asemejarse a estas palabras todavía no formuladas: «¿Me recuerdas y me reconoces? ¿Qué tiene que hacer uno aquí para que lo recuerden? ¿Tengo que convertirme en una molestia para ser visto?». Finalmente comuniqué esta interpretación a B. También era consciente de que, al repetir esa conducta conmigo, B representaba el papel de un progenitor que no recuerda ni escucha, mientras yo quedaba con su experiencia de no ser registrado. En consonancia con la autosuficiencia que Winnicott (1945a) describió como consecuencia de la desconfianza y la decepción respecto del progenitor —incluido un sentimiento de abandono—, B no podía confiar en que yo estaría presente en la cita, a la hora que habíamos acordado.

Cuanto más hablábamos B y yo de sus experiencias infantiles y de su experiencia del análisis, más claro se volvía para ambos que él podía sentir el amor de su madre y, al mismo tiempo, deseaba más. Comenzó a hablar cada vez más de que quería para sí toda la atención materna durante aquellas noches y en otros momentos. No estaba tan convencido de haber sido invisible como deseoso de experimentar que su madre registraba su necesidad de captar su atención.

B también empezó a contarme que, según las distintas versiones que sus hermanas daban de esas escenas, ellas sentían que, si acaso había una diferencia, la madre tendía a prestarle más atención a él por ser varón que la que cualquiera de ellas recibía como una de las niñas de la familia. Tampoco se le escapaba que esos recuerdos específicos incluían la ausencia efectiva de su padre, lo cual quizá intensificó aún más el deseo de acceder a su madre. En este sentido, sus deseos de recibir mayor atención materna poseían un sesgo claramente edípico, aun cuando su voracidad sugería también anhelos más tempranos.

Dedicamos un tiempo considerable a examinar cómo sus demandas de atención ponían asimismo en acto una forma de degradación y de odio hacia sí mismo. Se degradaba diciendo algo que no era gracioso y repitiéndolo, con el resultado de que quienes lo rodeaban se irritaban con él. En cierto sentido, por lo tanto, su demanda de atención contenía toda la densidad de su autodesprecio: la duda acerca de si merecía ser visto (por ejemplo, Ogden, 2024) y la culpa por querer más.

A medida que B fue creciendo en su análisis, pudo sentir aspectos de sus deseos hacia mí de recibir «más de lo que es posible en un análisis». Quería pasar tiempo conmigo fuera del análisis, en especial para hablar de música, aunque tenía amistades cercanas articuladas alrededor de gustos musicales compartidos. La emergencia de esos deseos precipitó un extenso período analítico, con diversas etapas de duelo por algunas de esas fantasías incumplidas conmigo y con su madre. Pudo establecer distinciones psíquicamente sentidas entre querer más atención de la que había recibido y sentirse agraviado y privado de ella. En ese sentido podía volver a estar «de nuevo en casa» (Winnicott, 1945a), experimentando una apertura psíquica hacia la tristeza allí donde antes solo habían existido ira y actividades destinadas a agitar a los otros.

Una reflexión final

He destacado un uso particular del término molestia para describir una forma de compromiso caracterológico en la cual la conducta hostil del paciente vela y expresa simultáneamente tanto su esperanza de alcanzar un mayor sentimiento de ser registrado por el progenitor o por el analista como su agravio. En una de las pacientes, el deseo de recibir la clase de atención que he descrito fue catalizado por la envidia hacia un hermano a causa de la atención que él recibía. En el otro paciente, aparecían un sentimiento de voracidad y el deseo de no conformarse con lo que podía recibir de mi atención como analista. En ambos casos, el proceso analítico facilitó la capacidad de sostener una paradoja en la que podían experimentar con mayor plenitud tanto su esperanza como sus sentimientos de ira y sus conductas autodestructivas.

El analista debe cuidarse de quedar excesivamente aislado de los efectos nocivos de las maneras en que los pacientes se convierten en una molestia. El aislamiento al que a veces recurrimos los analistas para metabolizar nuestra frustración frente a la hostilidad del paciente puede transformarse en una forma propia de resistencia al progreso analítico. Es importante advertir que nuestro compromiso de metabolizar la experiencia del paciente — aunque no siempre se cumpla de manera uniforme— es intrínseco a las mejores formas de atención y comprensión que ofrece el análisis.

Cuando se experimenta la conducta molesta del paciente como formación de compromiso, resulta importante que el analista viva internamente tanto la esperanza que aquel comunica mediante su conducta como el penoso repliegue respecto de esa esperanza, expresado en una actividad que puede sentirse nihilista y hostil. Según mi experiencia, el paciente necesita experimentar que el analista sostiene internamente ambos lados de una realidad paradójica que él todavía no puede sostener, así como el trabajo interno que el analista realiza en su favor (Cooper, 2019, 2024, 2025).

Resulta interesante preguntarse si la formulación winnicottiana de la molestia como forma de esperanza apunta al nivel de la experiencia del paciente, a su motivación inconsciente o a la posición de escucha del analista. La discusión de Rosenfeld (1971) sobre el odio del paciente hacia la dependencia desarrolló la experiencia consciente e inconsciente de odio hacia el objeto del cual dependemos. He sostenido que la molestia, diferenciada de otras

formas de ira presentes en fenómenos narcisistas —como las relaciones de objeto omnipotentes, la desvalorización y la envidia, y la negación de la separación—, incluye tanto una cualidad de esperanza dirigida inconscientemente hacia el objeto como un odio consciente e inconsciente hacia la dependencia.

En el caso de L, con el tiempo llegué a sintonizarme con el tono particular de su respuesta a muchas interpretaciones: se sentía reconocida pero, al mismo tiempo, se mostraba renuente a concordar. Empecé a percibir esa respuesta como una demostración condensada de las demandas que dirigía a su marido y de su rechazo hostil a aceptar la disposición de este a ayudarla.

Con B, trabajé durante un período con mi irritación frente a sus pedidos de que le recordara los horarios de las sesiones, hasta poder sentir curiosidad por aquello que expresaba y solicitaba. Mediante una especie de «acción interpretativa» (Ogden, 1994), B pudo reflexionar acerca de lo que pedía y comunicarme su deseo simultáneo de disponer de más tiempo conmigo —y de un tiempo controlado por él—, así como la hostilidad puesta en acto en sus solicitudes. Trabajar con ambas vertientes de la expresión de esperanza y hostilidad del paciente supone una forma profunda de metabolizar su comunicación en aquello que considero una conducta destinada a molestar.

Una cuestión que apenas abordé en relación con el modo en que B se convertía en una molestia se vincula con lo que llamaría una «comedia» de exclusión, a menudo de base edípica. Esta actividad implica una forma de identificación proyectiva en la cual las maneras en que el niño pudo haberse sentido excluido de la pareja edípica son introducidas en la pareja actual, evacuando en el otro los sentimientos de exclusión. Esos sentimientos se defienden mediante formas de molestia y se ponen en acto reclutando a la pareja para que experimente lo mismo que el paciente había sentido de niño.

En la fantasía de B, él estaba siendo siempre excluido, aun cuando llegó a reconocer que aquello que consideraba exclusión correspondía a la realidad de ser uno de tres hijos a quienes su madre no podía atender, en cada momento, del modo en que él deseaba. Las formas de molestia en las que incurría y que he subrayado implicaban identificaciones proyectivas: elementos de ira y tristeza no contenidos eran depositados, en su vida actual, dentro de sus hijos, su esposa y de mí, como huellas contemporáneas de una conducta a la que se había aferrado en la infancia. Conseguía que ellos y yo nos sintiéramos como aquel que no era visto.

En muchos sentidos, Winnicott comprendió la conducta molesta como una demanda de garantías acerca de la confiabilidad parental. He intentado detallar el trabajo que realiza el analista en favor del paciente para transformar la experiencia contratransferencial en una responsividad interpretativa dotada de sentido. El núcleo principal de este trabajo analítico consiste en la metabolización, por parte del analista, de los afectos expresados que al paciente le resulta difícil contener (por ejemplo, Bion, 1963, 1967, 1970).

Valoro profundamente la comprensión de Winnicott y su esfuerzo inicial por captar la complejidad de la molestia como comunicación, tanto en el desarrollo infantil como en las relaciones maduras. No existe relación con otro ni con el propio self que no exija tolerar los compromisos o limitaciones que hemos internalizado y que procuramos reparar —a veces de maneras inútiles—, por más velados que se encuentren.

Declaración de conflicto de intereses

El autor no informó ningún potencial conflicto de intereses.

Declaración sobre la anonimización de los pacientes

La información potencialmente identificatoria presentada en este artículo, relacionada directa o indirectamente con una o más personas, fue modificada para disimular y resguardar la confidencialidad, la privacidad y los derechos de protección de datos de quienes pudieran verse involucrados.

Referencias

- Bion, W. 1963. *Learning from Experience*. London: Bloomsbury Publishing.
- Bion, W. 1967. "Notes on Memory and Desire." *Psychoanalysis Forum* 2: 272-280.
- Bion, W. 1970. *Attention and Interpretation*. London: Karnac Books.
- Cooper, S. H. 2015. "Reflections on the Analyst's 'Good Enough' Capacity to Bear Disappointment, with Special Attention to Repetition." *Journal of the American Psychoanalytic Association* 63 (6): 1193-1213. <https://doi.org/10.1177/0003065115619896>.
- Cooper, S. H. 2019. "A Theory of the Setting: The Transformation of Unrepresented Experience and Play." *The International Journal of Psychoanalysis* 100 (6): 1439-1454. <https://doi.org/10.1080/00207578.2019.1622424>.
- Cooper, S. H. 2024. "Playing, Paradox and the Analytic Activity between Knowing and Being." *The Psychoanalytic Quarterly* 93 (3): 431-452. <https://doi.org/10.1080/00332828.2024.2369519>.
- Cooper, S. H. 2025. *Psychoanalysis in Play: Expanding Psychoanalytic Concepts from a Play Perspective*. London: Routledge.
- Freud, S. 1926. *The Question of Lay Analysis*. SE 20: 177-258. London: Hogarth Press.
- Ogden, T. H. 1994. "The Concept of Interpretive Action." *The Psychoanalytic Quarterly* 63 (2): 219-245. <https://doi.org/10.1080/21674086.1994.11927413>.
- Ogden, T. H. 2024. "Rethinking the Concepts of the Unconscious and Analytic Time." *The International Journal of Psychoanalysis* 105 (3): 279-291. <https://doi.org/10.1080/00207578.2023.2284325>.
- Phillips, A. 2004. "Nuisance Value." *The Threepenny Review*, Fall: 104-109.
- Reis, B. 2024. "Creative Repetition and Intersubjectivity: Contemporary Freudian Explorations of Trauma, Memory and Clinical Process." *The International Journal of Psychoanalysis* 105 (2): 268-271. <https://doi.org/10.1080/00207578.2023.2232433>.
- Rosenfeld, H. 1971. "A Clinical Approach to the Psychoanalytic Theory of the Life and Death Instincts: An Investigation into the Aggressive Aspects of Narcissism." *International Journal of Psychoanalysis* 52: 169-178.
- Schafer, R. 1968. "The Mechanisms of Defense." *The International Journal of Psychoanalysis* 49: 49-67.
- Winnicott, D. W. 1945a. "Home Again." In *Winnicott: Volume 2, 1939-1945*, edited by Lesley Caldwell and Helen Taylor Robinson. Oxford.
- Winnicott, D. W. 1945b. "Primitive Emotional Development." In *Through Paediatrics to Psychoanalysis*, edited by D. W. Winnicott, 145-156.
- Winnicott, D. W. 1949. "Hate in the Counter-transference." *The International Journal of Psychoanalysis* 30: 69-74.
- Winnicott, D. W. 1950. "Aggression in Relation to Emotional Development." In *The Collected Works of D. W. Winnicott: Volume 3, 1946-1951*, edited by L. Caldwell and H. T. Robinson, 73. Oxford: Oxford Academic.
- Winnicott, D. W. 1956. "Primary Maternal Preoccupation." In *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, edited by D. W. Winnicott, 300-305. New York: International Universities Press.
- Winnicott, D. W. 1958. "The Capacity to Be Alone." *The International Journal of Psychoanalysis* 39: 416-420.
- Winnicott, D. W. 1965. "Psycho-Analysis and the Sense of Guilt (1958)." *The Maturation Processes and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development* 64: 15-28.
- Winnicott, D. W. 1969. "The Use of an Object." *The International Journal of Psychoanalysis* 50 (4): 711-716.
- Winnicott, D. W. 1975. "Chapter XXV. The Antisocial Tendency [1956]." In *Through Paediatrics to Psycho-Analysis*, Vol. 100, 306-315. London: Tavistock Publications Ltd.